

tum astronomi metiuntur, tantum astrologi mentiuntur.) En otra parte impugna en términos apasionados los juicios de los astrólogos; se burla de ellos y analiza una por una sus operaciones para llegar a formular el juicio. A pesar de este celo, era débil de espíritu como de cuerpo; hacia mucho caso de ensueños; sacaba por impulso propio el horóscopo de sus amigos, creía en apariciones, como consecuencia de la divinidad permanente del alma, que se manifiesta influyendo en el destino de los hombres, y pronosticaba el porvenir de sus conocidos, no como quien quiere contentarles prometiéndoles felicidades, sino como un iniciado en los secretos del destino que les anuncia el porvenir por gracia superior. Hasta en la carta que dirigió al papa en nombre de la cristiandad y en favor de Lorenzo de Médicis, de que hablamos antes, profetizó también que en los dos primeros años inmediatos habría grandes calamidades, peste, guerra, hambre, la muerte de muchos príncipes, una nueva herejía y un nuevo profeta; que durante este tiempo la barca de San Pedro sería juguete de las olas y que los bárbaros devastarían la Italia. Nada de esto se verificó, mas para Ficino fué causa de gran disgusto, porque como en el fondo era una especie de amenaza ó amonestación dirigida a la Iglesia y como había excitado ya antes el disgusto del papa con otros ataques, dió armas é influencia á sus adversarios para acusarle formalmente de magia cuando publicó su escrito: *Cómo se logra la vida celestial (De vita celestis comparanda)*.

Hay mágicos creyentes y devotos, y otros impíos; los primeros no pretenden sino ser favorecidos de Dios con una partícula de su poder divino, mientras los segundos niegan la existencia de Dios y pretenden revestirse ellos de una especie de divinidad; de suerte que Ficino, á haber querido ser mágico, habría sido uno de los primeros, es decir, devoto y creyente.

Creía tener una afinidad íntima con Dios, pero no la miraba como un privilegio suyo, sino que la tenía por común á todos los hombres, porque exclama: «¿Qué es nuestra alma sino una chispa del espíritu superior?» Por esto es la inmortalidad del alma el axioma principal de la filosofía de Ficino y se esfuerza en probar la exactitud de este principio de quince maneras diferentes, encaminadas á evidenciar la afinidad íntima del alma humana con Dios y su superioridad sobre el cuerpo, añadiendo que el hombre, agraciado con un alma inmortal, debe tener siempre presente su origen superior y esforzarse por llegar á la perfección, que el hombre ha sido creado bueno, y que á despecho de la corrupción y de los errores humanos, su alma, por un impulso superior y eterno, se eleva hacia el bien como hácia su verdadera patria.

Además del alma del hombre, admitía Ficino un alma terráquea, «el alma productora»; otra alma semejante á la anterior para cada uno de los doce signos zodiacales, y otras almas de que el mundo está lleno y que componen una alma universal que comprende doce almas principales, las del zodiaco, y cada una de estas innumerables almas secundarias, que derivadas todas de Dios constituyen un universo lleno de «dioses» ó «genios.» En cada constelación, dice Ficino, hay una estrella, que semejante al alma del hombre, rige el destino de la vida; así reina en el signo de Aries, Palas; en Tauro, Venus; en Géminis, Apolo, etc.

En su libro «Del Sol» (*De sole*) figuran naturalmente también los doce signos, que representan otras tantas «casas celestes», de las cuales seis son gobernadas por el sol y seis por la luna, teniendo cada una su don especial, que puede comunicar á los mortales ya por casualidad ya como recompensa de sus méritos. Un signo distribuye vida, riquezas, otro salud, este parientes, aquel dignidades, aquel otro religion y así sucesivamente, amigos, enemigos, fecundidad y esterilidad

del hombre y de la tierra, de modo que, según su posición, determinan la suerte del hombre. El sol es, según Ficino, el corazón del cielo y solo 160 veces mayor que la tierra.

Ficino, á pesar de su falta de conocimientos en historia natural, de su inclinación á la superstición y de su pseudo-sabiduría filosófica, no deja de ser pensador y á menudo se eleva hasta alturas serenas. Es digno precursor de los genios pensadores mas elevados de tiempos posteriores cuando define la naturaleza divina del hombre en estos términos: «El destello divino que penetra todo el universo, existe ya, pero no vive en la piedra, vive en las plantas; pero no resplandece en ellas, resplandece en los animales; pero no se refleja en ellos, ni vuelve desde ellos á su origen; solo en el hombre existe, vive, resplandece y se refleja.»

No se contenta Ficino con probar en su filosofía la relación que existe entre la criatura humana y los seres inferiores y superiores hasta el Sér Supremo, sino que determina con la misma doctrina los deberes del hombre para con sus semejantes, y en su consecuencia da preceptos de conducta que deben observar las personas según su posición social, edad y sexo. Habla de la ocupación del comerciante y del oficio del labrador, recomendando la sencillez y la honradez, recordando á todos que piensen en los astros, cuyo curso y posición determinan la fertilidad de los campos. También habla del gobierno y de la vida pública, recomendando el patriotismo como base de la sociedad y del Estado, el cual puede tomar varias formas, bien que considera como la única racional la monárquica, según el ideal de Platon; y en cuanto á las formas aristocrática y democrática, dice que son buenas, la primera, si aparta de sí los defectos y males de la oligarquía, y la segunda si prescinde de la influencia y dominación del populacho.

La influencia de Ficino sobre sus contemporáneos fué grandísima, y no solamente sus doctrinas sino también su método de enseñanza sirvieron durante largo tiempo de pauta, cosa tanto mas notable cuanto que Ficino solo enseñó privadamente, y sobre todo, por medio de sus escritos y cartas. Estas últimas, que forman 12 libros, desde 1474 hasta 1494, demuestran que mantenía relaciones en todos los países y también con los eruditos de Alemania, á los cuales hace justicia, alabando al propio tiempo la habilidad artística de los industriales alemanes.

Si sorprende la universalidad de este hombre tal como se ve en sus trabajos, sube de punto nuestra admiración al saber que emprendió en 1463 y concluyó en 1477 la tarea gigantesca de traducir todas las obras de Platon, además de publicar traducciones de obras sueltas de Plotino, Jámblico y Dionisio Areopagita. Escribió también sobre la música, su recreo favorito, y como fruto de los estudios de medicina hechos en su juventud, un manualito ó guía contra la peste, libro que tuvo muchas ediciones. Renovó con *elogios* la memoria de los grandes hombres de la antigüedad; escribió también el elogio de Dante; tradujo y publicó su tratado político: «La Monarquía», cuyas ideas hizo suyas, y finalmente, saludó con gran alegría la aparición del «Comentario de Dante», escrito para celebrar la memoria del gran poeta por su discípulo y amigo Cristóbal Landino, que nació el año 1434, y no como dicen algunos en 1424, y murió en 1504.

Landino no escribió, ni con mucho, tanto como su maestro y predecesor, ni tienen sus obras la importancia de las de este. Era discípulo de Carlos Marsuppini, cuya memoria honraba y respetaba, sin participar de su opinión religiosa, según lo manifestó en una larga epístola que dirigió á Pedro de Médicis. Era protegido favorito de Cosme de Médicis, al cual, lo mismo que á todos los miembros de esta ilustre

familia, ensalzó con entusiasmo, en prosa y en verso. Fué profesor de retórica y poética en la universidad de Florencia, en cuyo puesto contribuyó poderosamente á la formación intelectual de la nueva generación. Además era hombre de Estado, y desempeñó casi hasta los últimos años de su vida el cargo de secretario de Estado de la república, velando con igual escrupulosidad por la correcta y elegante redacción de los documentos oficiales que por el buen éxito de los negocios políticos.

Bajo la influencia de su posición política escribió su obra filosófica principal, que dedicó en 1472 á Federico de Urbino y que poco después fué dada á la estampa y publicada en cuatro tomos con el título de: «Conversaciones Camaldulenses», que viene á ser la reproducción libre del torneo de elocuencia que mencionamos antes y que se verificó en el año 1468. Es, pues, difícil determinar lo que pertenece á los oradores que hablaron en el torneo y lo que es de Landino. Empiezan estas discusiones con el tema antiqüísimo y jamás resuelto de la alternativa entre la acción y la pasión, entre el ser activo y el pasivo, entre la lucha y la contemplación. Landino, ó su orador, defiende el principio de Platon de que la abstención de todo comercio mundano es el camino mas seguro para llegar á la perfección humana, pero luego deja hablar á su contrincante, que enaltece el cumplimiento de los deberes del ciudadano, incompatibles con la vida rigidamente contemplativa, por cuya razón aconseja que se unan la actividad y la contemplación, con lo cual la existencia del hombre adquiere todas las condiciones de la perfección verdadera.

La parte práctica, que debería formar el eje de estas conversaciones, se pierde á menudo de vista, pero se encuentra mas manifiesta en los demás escritos de Landino; y cuando lamenta el abandono en que se tiene á la Roma antigua, se conoce por su lenguaje exagerado que dice lo que no siente. Al pronunciar discursos en latín, lo mismo que al poner á su colección de poesías latinas el título de *Xandra*, porque la dedicó á una amante imaginaria llamada Alejandra, no hizo mas que seguir la corriente de su época y pagarle su tributo, sin que entrase para nada el impulso de su convicción. Con estas obras alternaban los trabajos en que se manifestaba Landino como buen italiano moderno, y así tradujo al idioma vulgar la «Historia de Francisco Esforcia», publicada, en 1490, en idioma latino por Juan Simonetta, como una especie de protesta contra las obras históricas imitadas y plagadas de los antiguos. Del mismo modo, y como si quisiera protestar también contra sus propias cartas escritas en latín, publicó un manual ó formulario de cartas en italiano. En esta última obra se mostró ya innovador práctico; pero lo fué mucho mas cuando, en el año 1460, principió á dar conferencias sobre las obras de Petrarca, sin hacer caso del desprecio con que los eruditos de su tiempo miraban la poesía nacional italiana; y como remate de su propaganda innovadora, publicó, en 1481, un voluminoso comentario de Dante, obra de grandísima importancia para el estudio del famoso vate florentino y que por lo mismo hace imperecedero el nombre de su autor. Esta grande obra debe su fama á la explicación minuciosísima de las alegorías empleadas por Dante en sus escritos, porque por lo demás no se distingue el comentario por la sagacidad de la crítica ni por la enmienda de los pasajes defectuosos, bien que Landino se alaba en su obra de haber purificado y restablecido el texto expurgándole de las añadiduras bárbaras que se habían introducido en él, ni, finalmente, por el tacto delicado y sutil de descubrir y hacer resaltar sus bellezas poéticas, aunque habla mucho del origen divino de la poesía.

En su tentativa singular de descubrir en la Eneida, de

Virgilio, todas las ideas platónicas, no teniendo este poema evidentemente nada de alegórico, vió en Eneas al hombre extraviado que después de innumerables errores alcanza la salvación; cree hallar en Troya la alegoría de los goces sensuales, en los cuales se hundían los débiles que no pueden resistir á la tentación ni tienen fuerza para elevarse sobre el bajo nivel en que vegetan; y en Italia encuentra el símbolo de la virtud y de la bienaventuranza con que recompensa al hombre el amor divino por intercesión de Venus que representa la madre celestial del hombre. Por el mismo estilo, por supuesto, en el sentido cristiano-filosófico del poeta, explica Landino la Divina Comedia de Dante, desde el extravío en la selva, que para él es el cuerpo, que aprisiona al alma, hasta el encuentro con la divinidad, es decir, «la idea del sumo bien representado por la trinidad divina.» Las fieras que tratan de estorbar este encuentro son los vicios y defectos del hombre; la pantera figura los goces sensuales, la loba la codicia y el león la ambición. El guía, que es Virgilio, representa la filosofía moral y la ciencia de los gentiles, y el galgo que ha de presentarse como salvador, significa el Cristo, libertador de Italia y que juzgará al mundo.

Muy lejos de contentarse Landino en sus comentarios con estas generalidades, va mucho mas allá en su afán de encontrar alegorías y explicarlas; así vé en las tres bocas del Cerbero las tres necesidades corporales del hombre, comer, beber y dormir, y en las tres caras, cada una de un color especial, tres grandes vicios: en la cara colorada la ira, en la blanca la codicia ó la envidia, en la negra la pereza. En el oro y la plata de que por orden de Dios se proveyeron los judíos al salir de Egipto, vé nuestro comentador el oro de la sabiduría y la plata de la elocuencia.

No obstante estas imaginaciones y estos juegos de la fantasía, al parecer solo propios de un soñador apartado del mundo activo, tenía Landino su criterio propio y no lo ocultó. En política era güelfo, mientras Dante era gibelino; Landino era adversario del imperio de los alemanes y defensor del papado á todo trance y contra todos los ataques. Dante era todo lo contrario. Para Landino, César había sido el fundador del dominio y de las pretensiones de los emperadores y reyes, y por eso le condena llamándole bestia ferocísima. No se contenta tampoco con tratar de las cosas y personas de su tiempo, sino que pronostica alteraciones que han de ocurrir en lo futuro; y teniendo entera fe en la ciencia astrológica, fe que también imputa á Dante, dice saber que la conjunción de Saturno y Júpiter en Escorpio, el 25 de noviembre de 1484, anunciará una modificación religiosa ó mejor dicho, «la marcha progresiva de la república cristiana hácia una vida y gobierno mejores.» Por «república cristiana» no entendiera Landino la reunión ideal de todos los fieles, que en ningún tiempo ni en ningún país había existido, sino un Estado real y efectivo, la Roma papal, cuyos defectos no disimulaba á pesar del respeto que le merecía el poder espiritual del papa.

CAPITULO VII

LOS PAPAS PROTECTORES DE LAS ARTES Y LETRAS

Entre los miembros del concilio de unión de Florencia figuró Tomás Parentucelli, que había nacido en Pisa el año 1398. Su padre era cirujano y originario de Sarzana, y el hijo, pobre como él, pero docto y erudito como el primero, fué sucesivamente maestro de escuela, secretario y bibliotecario, luego cardenal, arzobispo y finalmente papa. En todas las posiciones que ocupó, humildes y elevadas, pobres y ricas, los estudios fueron su ocupación y su alegría, y la

proteccion y amparo á todos cuantos perseguian el mismo fin, fueron tambien su mayor satisfaccion.

Habia tomado el estado eclesiástico y como eclesiástico desempeñó el puesto de secretario y bibliotecario de Nicolás Albergate, cardenal arzobispo de Bolonia, en cuya compañía fué á Florencia y tomó parte en el concilio citado. Su protector le introdujo en el palacio de los Médicis, donde pronto trabó amistad con genios afines que como él se dedicaban al cultivo de las ciencias y letras y admiraban la gran memoria de su nuevo cooperador. Habiendo muerto su protector el cardenal, en 1443, trasladóse Parentucelli á Roma, donde encontró pronto nuevos protectores que, contra todo lo que habia soñado en su modestia, hicieron que en el año siguiente, 1444, fuera nombrado cardenal y arzobispo de Bolonia, en el puesto de su primer protector difunto, y en 1447 fué elegido papa, tambien contra todo lo que habian esperado él y otros que sin embargo se lisonjaban de estar al corriente de los sucesos. En memoria de su primer protector, del cual se acordó siempre, lleno de gratitud, tomó como papa el nombre de Nicolás V y gobernó la Iglesia ocho años, desde el 18 de marzo de 1447 hasta el 24 de marzo de 1455.

Algunos de los que no esperaban esta eleccion la atribuyeron al discurso que Parentucelli pronunció en los funerales de su predecesor, el papa Eugenio; otros quieren ver en ella una victoria de las letras humanas, y un admirador del nuevo papa dijo, imitando á Platon, que la sociedad mas feliz era aquella en que dominaban los hombres de ciencia y en la cual los reyes empezaban por ser sabios. Lo cierto es que con Parentucelli ciñó la tiara por primera vez un hombre que hasta entonces solo habia vivido para el estudio y que despues de haber subido al puesto mas encumbrado de la Iglesia, estaba firmemente decidido á dedicar su poder é influencia al cultivo de las ciencias, al cual hasta entonces habia sacrificado tambien todo cuanto tenia, á saber, su tiempo y su salud.

El pontificado de Nicolás V fué, en general, feliz, porque el último pseudo-papa, Félix V, resignó; el concilio de Basilea se disolvió y con esto desapareció el último adversario peligroso del papa, peligroso por su mera existencia y mas todavía por su intencion. Dentro y fuera de Roma reinaba la paz, que contribuyó al mayor lustre y poder pontificios, porque en el interior de la capital pudo establecerse una administracion ordenada, y en el exterior, por efecto del sistema conciliador del nuevo papa, reconocieron su autoridad ciudades que, como Bolonia, no habian querido antes someterse á ella. Grandiosísimo lustre adquirió además este pontificado con ocasion del gran jubileo celebrado con fausto inusitado en el año 1450, y que recordó los dias mas brillantes del papado. A esta circunstancia se agregó para mayor brillantez la coronacion del emperador Federico III, último que disfrutó este honor, y su casamiento simultáneo con la princesa Leonor de Portugal, todo lo cual dió lugar á grandes y pomposas fiestas en que resaltó el gran poder del papa, todavía mucho mas por la mezquindad con que el emperador Federico dió á conocer su menguado poder. El único suceso sensible que ocurrió en este pontificado fué la toma de Constantinopla por los turcos. Constantinopla, otro centro principal del cristianismo, se habia sometido poco antes á la autoridad del papa, que tenia á su vez desde entonces obligacion de proteger á sus subordinados, y el no haberlo hecho arrojaba una sombra sobre el gran poder del pontificado. Este poder no aprovechó á los bizantinos, pero á lo menos consiguió la creacion de la liga de Lodi, en la cual todos los Estados italianos se garantizaron mutuamente sus posesiones contra los turcos. Además de la caida de la capital bizantina

ocurió una desgracia menor y sin consecuencias graves para el papado en la misma Roma. Un noble romano, Estéban Porcaro, atacó al papa Nicolás V, para librar al país de la tutela del poder espiritual y temporal del jefe de la Iglesia. Esta sublevacion fué fruto de las ideas republicanas despertadas por el estudio de la historia antigua de Roma, y como faltaran por esta misma razon partidarios al movimiento, fué sofocada con poco trabajo; Porcaro fué ejecutado el 9 de enero de 1453 y con esto quedó todo concluido porque el papa Nicolás no quiso conocer ni castigar «el inmenso número de cómplices,» como cantó entonces un poeta, «y prefirió,» siguiendo el consejo del mismo poeta, «hacer del amor de sus súbditos un baluarte invencible.» Esto no impidió que algunos patriotas vieran en Porcaro un mártir y otros muchos ensalzaran su memoria como hombre que solo habia buscado el bien del pueblo. Para acabar con estas reminiscencias y mas para evidenciar la locura y falta completa de derecho de las pretensiones defendidas por Porcaro, hizo publicar Nicolás V por uno de sus servidores mas fieles, Pedro de Godes, un escrito en el cual, además de referir la historia de la conspiracion desde el principio al fin, se sostenia vigorosamente que solo Roma podia ser la residencia del papa y que su poder temporal era tan legal como imprescindible. Esto bastó para imponer silencio á todo el mundo, y solo de cuando en cuando se atrevia á levantar su voz algun satírico, como uno que explicó las iniciales del papa, N. P. V. (Nicolaus, Papa Quintus) por: *Nihil papa valet.*

Mannetti, en su biografía de Nicolás V, dice que este resumió su pontificado en un discurso que dirigió poco antes de morir á sus cardenales, en los términos siguientes: «Encontré la Santa Iglesia romana desordenada por las guerras y abrumada de deudas, y la he reformado y robustecido, extinguiendo el cisma, recobrando sus castillos y ciudades, acabando con las deudas y además construyendo para su defensa fortalezas magníficas, como las de Gualdo, Assisi, Fabriano, Civita-Castellano, Narni, Orvieto, Spoleto y Viterbo. He dotado al país de fábricas suntuosas y objetos de arte riquísimos, adornados con perlas y piedras preciosas; de libros y alfombras, vasos y otras joyas de oro y plata, y ornamentos preciosos para el culto. Todos estos tesoros he acumulado sin incurrir en el pecado de codicia, ni de simonía, sin aceptar regalos ni tampoco siendo avaro, porque, muy al contrario, practiqué toda clase de liberalidad magnánima en la construccion de edificios, en la compra de muchos libros, en las copias no interrumpidas de manuscritos griegos y latinos, y en salarios de hombres científicos eminentes. Todo esto he conseguido, por la gracia divina del Creador y por la paz no interrumpida de la Iglesia durante mi pontificado.»

Roma fué entonces el centro del Renacimiento y se puso en camino de ser la capital de este movimiento de regeneracion literaria y científica. Con estas pocas palabras queda caracterizado el pontificado de Nicolás V en la historia del Renacimiento, como lo caracterizó él mismo en el discurso anteriormente citado, respecto de la historia del papado. Durante su reinado pareció Roma, por fuera, un vasto taller de construccion y por dentro un inmenso escritorio lleno de copistas, porque si el edificar era la alegría de este papa, el escribir, el traducir, el coleccionar obras, era su pasion.

Durante los ocho años de su pontificado estuvo Nicolás V rodeado constantemente de una corte de escribientes, de copistas y de literatos doctos, prácticos particularmente en la lengua griega, que le acompañaban en todos sus viajes y multiplicaban sin descanso las copias de códices antiguos, raros y difíciles de leer, haciendo de cada obra varios ejem-

plares con letra mas clara, para facilitar su lectura, y á medida que hacian estas copias multiplicábase el material para otras, tanto que Filelfo, uno de los copistas y literatos griegos exclamó lleno de entusiasmo: «La Grecia no se ha extinguido, sino que parece haber pasado á Italia, que en la antigüedad se llamaba la Magna Grecia, todo por la liberalidad de este papa únicamente.» No se contentó Nicolás V con las obras manuscritas que se encontraron en las bibliotecas italianas, sino que trabajó con energía y constancia para obtener los manuscritos esparcidos en otros países, á cuyo fin envió á recorrerlos personas aptas para descubrir estos tesoros literarios y apoderarse sin escrúpulo de los que encontraran en posesion de gente ignorante, excusando esta conducta con el principio de que tales objetos eran de derecho propiedad de los inteligentes y no de los ignorantes. Uno de estos agentes era Alberto Enoche, natural de Ascoli, el cual marchó provisto de su correspondiente credencial del papa y de cartas para poder penetrar en los conventos y visitar al clero de Alemania, escudriñar sus bibliotecas y cobrar los fondos que necesitara. Una de las joyas que el papa mas codiciaba era un manuscrito completo de las Décadas de Tito Livio; pero no solamente Enoche regresó á Roma sin haberlo encontrado sino que en general no llevó de su expedicion literaria gran cosa de mérito, segun dijeron Poggio, que tambien habia hecho varios viajes con este objeto, y Vespasiano Bisticci, que en sus escritos habla con desprecio de otros países y dice que solo la Italia era el país de los buenos códices. Este Bisticci y Nicolás Perotto eran los «escritores» doctos principales. El segundo, que nació en Sassoferrato en el año 1430 y murió en 1480, siendo arzobispo de Siponto en Manfredonia, era copista laborioso y además persona de vastos conocimientos, y compuso una obra exegética de gramática latina titulada: *Cornucopia sive commentariorum lingua latina, liber primus*, pero de la cual nunca escribió el libro segundo. Mostró su conocimiento y aprecio de la lengua y literatura griegas traduciendo los cinco libros primeros de Polibio y obras menores de Plutarco, Eplíteto, Aristóteles y Basilio, y escribiendo la biografía del cardenal Besarion, el fomentador y apóstol principal de la ciencia de los griegos. Además escribió polémicas como humanista verdadero y no parece que su alta dignidad en la Iglesia le distrajera nada de sus estudios profundos.

Muchos copistas traducian tambien, pero pocos traductores copiaban, porque el traducir era considerado como un trabajo que daba crédito á la persona mas docta y mas elevada, mientras probablemente el copiar era ya entonces una ocupacion inferior. Por eso no tienen razon aquellos que se burlan de la actividad febril con que el papa Nicolás V procuró que se hicieran tantas traducciones, ya directamente con sus instancias y exhortaciones ya indirectamente con las recompensas que prodigaba á todas las personas que le eran adictas. Calificábase por algunos esta actividad de *fábrica de traducciones*, nombre muy impropio cuando figuraban entre estos traductores hombres eminentes como Perotto, Poggio, Guarino, Decembrio, Valla, Filelfo y otros que trabajaron con tanta asiduidad como sabiduría y dejaron obras que, si les falta mucho para ser perfectas, fueron la admiracion de los amantes de la erudicion de entonces. El papa recompensó mas que regimiento estas tareas, pues pagó por la traduccion de Polibio 500 ducados, por la de Estrabon 1,000 escudos y 10,000 por una traduccion completa de Homero, que por lo demás nunca consiguió ver acabada, pues el encargado de ella, Cárlos Marsuppini, no pasó de los dos primeros libros, y Oratius, natural de Roma, á quien los poetas contemporáneos ensalzan como un traductor de primera fuerza, solo entregó fragmentos. Así fué que Nicolás V se hubo

de contentar con una revision del extracto de la Iliada que Píndaro de Tebas habia hecho en el primer siglo de nuestra era y con la parafraesis en prosa de los 16 libros, que en 1330 y 1340 habia hecho Lorenzo Valla.

Con la fundacion de la biblioteca que hoy se conoce por la Vaticana, porque este honor corresponde con razon á Nicolás V, fué todavía mas afortunado este papa que con las traducciones. Él, que habia organizado la biblioteca de los Médicis, no quiso, siendo papa, ser menos que el comerciante y príncipe florentino, y logró reunir, en efecto, una librería de 5,000 volúmenes, que tanto por su contenido como por su aspecto imponente se hizo muy pronto célebre, y no se oyeron las vergonzosas quejas, tan frecuentes en los pontificados anteriores, de que se entregaran preciosos manuscritos á los pintores de santos á fin de que aprovecharan los pergaminos para sus cuadros.

En la creacion y aumento de esta biblioteca tuvo una gran parte su director Juan Tortello, que murió en 1466, amigo personal del papa y nombrado por él para este cargo. Era Tortello un erudito tan notable como modesto, que solo vivia entre sus libros, no cuidándose para nada del mundo exterior, y que cuando habia querido entrar en él no habia tenido suerte, segun lo prueba su tentativa inútil de corregir á un cardenal indigno. Las muchas y diversas ocupaciones de su cargo no le impidieron hacer excelentes traducciones, profundas investigaciones en diferentes ramos, escribir tratados teológicos y médicos y una obra de grandísima utilidad práctica y entonces oportunísima, es decir, un vocabulario explicativo de las palabras latinas importadas del griego, con el título: *De orthographia dictionum à Græcis tractatum*, que fué impreso por primera vez en el año 1471. Su celo literario y su modestia no le libraron, sin embargo, de adversarios y envidiosos insolentes, y aunque mas que á ningun otro podia calificársele de «docto en ambas lenguas (clásicas),» Filelfo dijo de él despues de su muerte que su conocimiento de las literaturas griega y latina habia sido una ficcion, porque, en realidad, habia mostrado una ignorancia crasa en una y otra.

El sucesor de Nicolás V fué Calixto III, y á este sucedió Eneas Silvio (Pío II), que antes de ocupar la silla de San Pedro habia calificado á su antecesor con estas palabras: «El papa es aficionado á libros bonitos y vestimentas doradas,» pero podia haber completado su calificacion añadiendo: «En todas las cosas le gustan los adornos y la magnificencia,» pues que tambien trabajó con afan en trasformar la ciudad con edificios grandiosos para hacerla la primera capital del mundo. Esta parte de su actividad, la descripcion de sus proyectos y la critica de los artistas que en su realizacion tomaron parte, pertenecen á la historia del arte. Aquí nos contentaremos con algunas indicaciones sueltas. En el pontificado de Nicolás V, tan amigo de la antigüedad, se continuó tratando los restos del arte de la antigua Roma con igual indiferencia y rudeza que en tiempo de sus predecesores, enemigos de la antigüedad. De las ruinas de la Roma antigua se sacaron materiales ni mas ni menos que si se sacasen de las canteras de Tívoli, para las construccion nuevas; la basílica del Vaticano fué derribada sin misericordia y destruido el templo de Probo. En cambio Nicolás V veló solícitamente, sin escatimar gastos, por la conservacion de los empedrados antiguos y de los sepulcros de los primeros cristianos. Tambien completó el Capitolio, y aunque se le suponía exclusivamente cuidadoso del mundo literario antiguo, hizo mas para el mejoramiento y renovacion de las iglesias que muchos otros papas. Sin embargo, algunos contemporáneos suyos, inteligentes en la materia, le acusaron de haber hecho en este ramo mas mal que bien en las iglesias de San Celso,

San Estéban Rotondo, San Eusebio, San Juan de Letran, Santa María la Mayor, el Panteon y San Teodoro.

La mezcla de la antigüedad con el cristianismo que caracteriza el Renacimiento en sus primeros pasos, se manifestó hasta en el estudio del papa Nicolás V, donde no quiso figuras alegóricas siquiera de la poesía ni de la elocuencia, ni mucho menos representaciones de la vida antigua, sino únicamente dos cuadros pintados por fray Angélico representando el uno a San Lorenzo y el otro a San Sebastian.



Bajo relieve en bronce representando el busto de Leon Bautista Alberti

prueba que el artista y el papa congeniaban, sin renunciar el primero a sus convicciones y opiniones particulares. Se supone que Alberti fué quien construyó por orden de Nicolás V, el puente de Sant-Angelo. El puesto que le concedemos en esta obra, con preferencia a una numerosa pléyade de colegas suyos, no le debe solamente a ser uno de los artistas mas eminentes y por cierto el mas universal, ni el haber sabido unir admirablemente sus trabajos arquitectónicos con otros literarios muy notables, sino al respeto y veneracion con que le miraron los literatos de su época, respeto y veneracion que reflejaron sobre el arte y todos los artistas en general. Eneas Silvio al hablar del célebre Bernardo Roselino dijo de él «que, entre todos los arquitectos de la época, merecia un honor especial;» pero al hablar de Alberti le llama «hombre docto, el conocedor mas erudito de antigüedades y autor de obras eminentes.» Esto dió lugar a que la atencion se dirigiera al arte y todos rivalizaran en ensalzar a los artistas comparándolos con los genios análogos de la antigüedad;

Entre los artistas que propusieron, aconsejaron y ejecutaron las obras que se realizaron en el pontificado de Nicolás V y de los cuales se asesoró este papa, figura en primera línea Leon Bautista Alberti, segun dicen muchos contemporáneos y el mismo Vasari, tan bien enterado que raras veces se equivoca, aunque vivió mucho despues. Sin embargo, no poseemos ningun documento escrito que lo mencione siquiera, y solo se sabe que Alberti dedicó al papa su obra principal: «La Edificacion,» (*De re edificatoria*), lo cual

fray Angélico fué comparado con Apeles, Andrés Guazalotti con Pirgoteles, y los maestros que hermosearon la catedral de Orvieto con sus esculturas no cedían en nada, segun dijo Pio II, a Fidias ni a Praxiteles.

De Alberti dice Policiano: «¿Qué cosa habrá que este hombre ignore? ¿Cuál es la ciencia oscura, cuál el conocimiento recóndito que no haya alcanzado y profundizado Leon Bautista (Alberti)?»

Alberti nació, probablemente, en el año 1404, en Venecia, donde sus padres vivían desterrados. Posteriormente volvió a Florencia, la ciudad patria de su familia, de la cual fué dignísimo vástago por sus trabajos, por su orgullo de sangre y por la veneracion con que miraba y enaltecia a sus ascendientes, artistas, literatos, comerciantes hábiles y opulentos. Sin hacerse cortesano fué el protegido de varios príncipes en cuya corte vivía; tomó las primeras órdenes sin hacerse sacerdote; estudió leyes sin hacerse abogado; estudió las humanidades y la teoría y práctica de todas las artes y habili-

dades; fué un hombre universal y tan perfecto como se ven pocos, porque además de lo dicho era uno de los mas diestros en todos los ejercicios corporales, en la carrera, en la equitacion, en el salto, en el juego de pelota, etc.

Al lado de esta universalidad pecaba en algunos puntos de versátil y contradictorio, por ejemplo, en el modo de juzgar a las mujeres; porque unas veces se muestra en sus escritos admirador entusiasta de la belleza, castidad y fidelidad de la mujer, ensalza el amor que los hombres la dedican como el

bien mas precioso del mundo y analiza los deberes de los hombres y mujeres enamorados; y otras veces proclama en tono doctoral, con abundancia de comprobantes históricos, que las mujeres han traído al mundo la desgracia; ora aconseja huir de ellas, porque con su falsedad, astucia é hipocresía han usurpado el dominio sobre los hombres, ora dice al final de una historia estas bellas palabras: «El que no está enamorado no sabe lo qué es melancolía ni dicha; ignora lo qué es valor y miedo, no conoce ni el dolor ni las dulzuras de la vida.»



Fachada de Santa María Novella en Florencia

Igual contradiccion manifiesta en su juicio sobre las lenguas; unas veces es exclusivista, como todos los humanistas, y defensor a todo trance de la lengua latina como la única digna y apta para el uso de los sabios y de toda persona instruida, y otras veces se lamenta de la falta de un idioma universal, y hablando del toscano dice que no debe repugnar a nadie, pues que con él se expresan perfectamente los pensamientos mas escogidos. Por esta razon se sirvió de su idioma patrio en su obra sobre la vida doméstica, y de la lengua latina en su «Comedia,» su autografía, sus obras teóricas sobre el arte y en todos sus escritos eruditos.

Tambien muda de parecer respecto del juicio que le merecian las diferentes épocas, la latina y la italiana, ó sean la antigua y la moderna, que cambian de carácter con el trascurso de los años. Antes, dice que le habia parecido que «la naturaleza se habia cansado y no podia producir ya grandes genios, como tampoco podia ya producir gigantes; pero que

habiendo visitado a Florencia despues de una ausencia de muchos años, habia visto artistas maestros que en nada cedían a los de la antigüedad.»

Sus diferentes modos de considerar el mundo antiguo humanista y el mundo moderno cristiano, presentan el mayor contraste, porque le dominan tres ideas principales que le caracterizan como hijo verdadero de su época, esto es, del Renacimiento; la primera es, que el afán de adquirir fama impulsa a ser bueno y a realizar obras eminentes; la segunda es la fe en la necesidad absoluta de la perfeccion intelectual para alcanzar nombradía, lo cual obliga al individuo a estudiarse, corregirse y a aprender siempre, y la tercera es la firme creencia de que los autores antiguos son el único manantial y los únicos guías que conducen al hombre al bien. Por otro lado, sostiene que la religion cristiana, tan opuesta a la ambicion de honores mundanos, ambicion condenable como enemiga de la humanidad, solo permite el perfeccio-